



Aquí me tienes, mi vida.

A tus plantas vengo a conversar contigo como antaño, como siempre, una vez más, ¿te acuerdas?

Lejano ya aquel chaval que subía y bajaba sin esfuerzo las gradas de tu altar, fundía la cera de tu candelaria o te acompañaba, abrazado al miedo, hasta depositarte mimoso en tu trono de plata bajo el cielo verde de tu palio. Hacia cualquier cosa por ti, loco por ti, enamorado de ti.

El amor continua vivo, como siempre y más que nunca. El chaval....

Vengo a mostrarte mi alma, madura ya, llena de un amor que me desborda y que calcina mi pecho cuando se cruzan nuestras miradas.

Quiero contarte lo que siente mi corazón. Enseñarte esa planta que brotó de la semilla que mi familia, todos tuyos, como yo, plantó en mí y que tanto y tanto cuidaron con labores de cariño y riegos de amor inmenso los que están y, sobre todo, los que ya no están pero disfrutaban junto a tu hijo de tu belleza virginal. Cuídalos mucho, amor mío. Diles que me acuerdo de ellos todos los días, que siguen conmigo aquí, donde duele.

Quiero decirte, mi niña, lo mucho que te quiero, lo maravilloso que es sentirse tuyo y a la vez sentirte mía, dueño de un tesoro que, desde tiempo inmemorial custodiamos generaciones de guardianes cruceros, centinelas celosos del aire que roza tus divinas mejillas de nácar.

Dame fuerzas, reina mía, para que no me rompa, para que no tiemble mi voz cuando esos dos luceros negros que tienes por ojos crucen la órbita de los míos. Para que sepa contar lo que brota de mi alma, cantar a tu belleza inmaculada desde la humildad de un pobre loco que intenta seguir tu estela en este mar de la vida, prendado de tus encantos.

Ayúdame, madre bendita, a pronunciar tu nombre sin que zozobre mi garganta, porque solo con hacerlo ya sueño tempranas mañanas de primavera y cálidas tardes de final de estío. Blanca túnica y pañuelo verde orgulloso al cuello. Clavel y nardo embriagador, punzantes saetas y repicantes cohetes. Sueño contigo, mi amor, mi reina, mi eterna novia, mi niña guapa de Albaida.



Aquí me tienes madre santa,
espejo de caridad,
estandarte de inocencia,
letanía para rezar.

Aquí me tienes agua viva,
dulce sierva de Caná
de pureza nueva Eva,
ideal de santidad.

Aquí estoy, mi flor de Mayo,
espejo de la verdad,
fuente eterna de esperanza,
primavera de bondad.

Aquí estoy, mi melodía,
canto alegre al despertar,
del Señor su embajadora
y sinfonía al caminar.

Aquí me tienes relicario,
emperatriz del amar,
del sediento, el agua fresca
reina y madre de Piedad.



Sr. Cura párroco, Hermano Mayor, Junta de gobierno, amigos, familiares y hermanos todos:

Era un domingo por la mañana. Corría el año 76 o 77, no recuerdo bien. Un hombre entrado en años junto a dos niños de 9 o 10 primaveras bajaban del autobús en la plaza y enfilaban la calle Ambrosio Lorenzo López hacia arriba, no sin antes parar en “El Boñiga” el, a refrescar su garganta y saludar a los amigos y nosotros a subirnos a la higuera que había en el patio del bar.

Niceto Gelo y sus nietos, este que os habla y mi hermano Jesús, empezamos a venir a Albaida con más asiduidad desde que se recuperó la casa del abuelo que, hasta entonces, había estado alquilada. Al principio, eran solo los domingos, más tarde, conforme se iba acondicionando la casa, los fines de semana y por último todo el verano, desde que nos daban las vacaciones en el colegio hasta que terminaba la Festividad. ¡Todas las vacaciones los tres solos sin más control que el poco que nos ponía el abuelo! ¡Qué tiempos aquellos!

La casa poseía un precioso jardín trasero que, a base de mucho trabajo y esfuerzo, abuelo había conseguido crear. Era el orgullo del buen capataz del parque de María Luisa que fue Niceto.

Rosas de todos los colores, dalias, gladiolos, caléndulas, claveles y un sinfín de flores a cual más hermosa, crecían regadas por el amor que “el jefe”, como yo le decía, ponía en ellas.

Lo primero que hacia abuelo nada más llegar a casa era inspeccionar su jardín y cortar las más bellas, lozanas y llamativas flores que esa semana proporcionaba su edén particular para formar un bonito ramo multicolor. Luego nos llamaba a mi hermano y a mí y nos decía: *“niños, llevadlas a la Capilla y se las ponéis a la Virgen. Si está cerrada, se las lleváis a Dolores la de Carmen y que se las ponga ella”*

Nosotros, obedientes, paseábamos orgullosos calle abajo con nuestro ramo y al llegar a la capilla se las entregábamos a Dolores, que las ponía en un jarrón con agua y las colocaba en el altar a los pies de la Virgen. Con el paso del tiempo, el crecer de nuestros cuerpos y el menguar del suyo, hizo que nos dejara colocarlas nosotros mismos.



Sin saberlo, o seguramente sí, mi abuelo estaba sembrando en nosotros la semilla del amor inmenso que esta familia mía siente por la Virgen. Entre él y mi abuela Trinidad, que también tuvo gran parte de culpa, como no, hicieron germinar y crecer esa piadosa semilla en nuestros corazones con tal fuerza y vigor que hoy día sigue más viva y sólida que nunca. Esta semilla tuvo además el impulso vital de los mejores abonos, traducidos en el fervor y la fe de tantas personas como han ido pasando por nuestras vidas y que han ido dejando en nosotros su chispa de amor por ella, cada uno a su manera. Mi tía Socorro con su...”*que collera tenemos los cruceros*”, Romualdo el Rarre, eterno peregrino de la hermandad, mi tía Roció, mi Lucy, mi tío Antonio, mi primo Joaquín el Rana, su hermano Romualdo, mi añorado capataz, mi primo Javi, que, aunque bajo otra advocación, sentía un amor infinito por la virgen, mis dos “chachas”, Conchita y Trinidad, la humildad personificada. Y tantos y tantas personas que no podría nombrarlas a todas sin alargarme en exceso. Todos ellos fueron cuidando y abonando a su manera esa semilla que sembraron Niceto y Trinidad, regaron y cuidaron mis padres y que hoy florece aquí ante ti, mi reina, para, como entonces, poner a tus pies un ramo de flores de amor transformado en palabras.

Qué suerte tuve de ser semillero de mi abuelo
que en mi corazón sembró la semilla de tu anhelo.
La plantaron de pequeño, despacito y con amor,
la cuidaron con cariño y en mi pecho germinó.
Hoy es parte muy importante de mi propia identidad,
cada vez que veo a la Virgen los tengo que recordar.
Gracias familia por ser jardineros de Piedad,
por plantar esa semilla, por hacerla germinar,
por enseñarme a quererla, tan adentro, de verdad
Gracias y mil veces gracias, Niceto y Trinidad



Así fue como empecé a querer a la Virgen, llevándole orgulloso las flores de abuelo. Luego, con los años, ayudando en la capilla, montando los distintos altares de culto, colaborando con la priestia, poniendo las flores de su paso, fui conociéndola mejor, de cerca, tan cerca cómo se puede sentir algo que se lleva dentro y encima a la vez. Fui sus pies durante 19 años, hasta que mi maltrecha rodilla y mi espalda me lo permitieron, y ahí, bajo ella, en la intimidad de la trabajadera, fue donde mi confianza se acrecentó hasta el infinito y me atreví a pedirle, a decirle lo que mi corazón sentía, como un loco enamorado arrullando a su amada... ¿Tú sabes lo que te quiero, verdad? ¿Sabes que eres la reina de mi casa y que te vamos a llevar siempre por bandera? No dejes nunca de mirarme y lúcete bien ahí arriba, niña guapa.

He tenido la suerte de nacer y crecer en una familia humilde, trabajadora, creyente, y recibir una educación con valores y principios fundamentados en la humildad, la honradez y la fe en Cristo, en su verdadera cruz. Valores y principios que he tratado de enseñar e inculcar a mis hij@s, que son el regalo más preciado con el que Dios me ha premiado y que ahora, además, ha sido bendecido con el nacimiento de mi nieto Manuel. Por eso desde entonces siempre he llevado a la Virgen dentro de mi corazón y he tratado de vivir conforme a la educación que recibí, lo que no quiere decir que siempre lo haya conseguido. He tenido fallos, debilidades y flaquezas por los cuales he pedido y pido perdón. La vida me ha puesto, como a cualquier persona, situaciones de todos los colores, unas en las que todo ha sido bueno y he sido muy feliz, otras más dolorosas, en las que la vida se mostraba difícil, complicada, cuesta arriba, pero tanto por unas como por otras, cada día que me levanto doy gracias a Dios y a su madre bendita, en las buenas por concedérmelas y en las no tan buenas, por no dejarme solo. Porque, a pesar de las dificultades, los problemas, mis defectos y mis debilidades, siempre encontré su ayuda, su alegría y su consuelo y aprendí a valorar lo realmente valioso. Por eso, porque solo ella y su hijo saben de mis cosas y saben lo que de verdad me llena...



No reparo en tu corona ni en tu puñal ni en tu saya,
no me fijo ni en tus flores ni en la banda que acompaña.

No preciso de tu manto ni filigranas de plata,
ni guirnaldas, cúpulas, arcos que engalanen a mi Albaida.

Mi idiosincrasia eres tú, Piedad santa

 Mi gran verdad eres tú, reina guapa
que aunque dos mil años pasen seguirás siendo mi amada,
 que me enseñaron de niño a quererte con el alma,
 que desde chico Niceto y su Trini de su alma,
 cuando nacía una flor en el jardín de su casa,
 me enseñaron a cortarla con el cariño sincero
 de quien quiere con el ansia
 que lo mejor de sus vidas sea para ti, niña guapa.

Cortar, guardar, proteger y a la capilla llevarlas
para ponerlas a tus pies, Piedad guapa de mi Albaida,
verdadera cruz de Cristo, reina y madre de mi casa,
que por más años que pasen las puertas en par se abran
para que llegue mi reina, la que mi vida acompasa.

 Piedad, orgullo y bandera

de la gente de mi abuelo, de mi madre, mi tío, mi hermana,
 de mi Sandra, de mi niño, de mi Delia tan amada,
 de mi Antonio de mi Migue, de Maribel y Esperanza
 de mi padre que, por suerte, te conoció una mañana,
 y del último que vino, de mi Manuel de mi alma,
Mya Nayet que poco a poco te va sintiendo en su alma,
Luis Miguel, Jesús, y un pueblo que te nombra soberana.

 Protectora y mediadora, tenlos siempre en tu mirada

 ¿Sabes tú, Piedad bendita como se te quiere en casa?
¿Sabes cómo te miramos, sabes por qué tantas lagrimas?
 ¿Sabes niña que tus ojos son la luz que me acompaña?

 Cuando llegue el día soñado y te pases por la casa,
 quédate solo un ratito y míranos cara a cara,



quédate y danos la vida que de tus ojos emana.
Para mi gente y mi pueblo, “pa” mi familia y mi Albaida,
danos salud y consuelo, tu presencia y tu mirada,
que no nos falte señora lo que tus manos señalan.
Y acordándome del cielo, de los que están a tus plantas,
un grito fuerte y sincero me brota de la garganta...
¡Viva tú, reina del cielo, viva tú, mi niña guapa,
viva tú mi amor sincero, viva tú Piedad de Albaida!

Como dije antes, en la intimidad de la trabajadera me sincere con ella, la fui conociendo mejor. Sinceramente, no creo que exista en el mundo mejor sitio que ese, bajo su dulcísimo peso, para intimar con ella. El trabajo en común, el sufrimiento compartido, el sentimiento de pertenencia a un grupo en el que todos sus miembros buscan el mismo fin aunando esfuerzos y a la vez, la soledad individual, la penumbra, la concentración... Somos treinta y va uno solo. Vas sufriendo y disfrutando a la vez. Estás en tu mundo y pendiente a lo que te llega de fuera. La música, los rezos, los silencios... todo ello ayuda y te empuja a contarle, a pedirle, a hablarle. La virgen siempre te escucha.

Sobre todo ese mundo de sensaciones, arriba, entre un vergel de flores, ella, la protagonista única de la obra. La auténtica razón de ser de todo. La única causa que explica todo lo demás. El esfuerzo, por ella, el sufrimiento, por ella, el sudor, por ella, el amor, la música, el rezo y el incienso, por ella.

En ese rinconcito, debajo del paso, le contaba mis cosas, le pedía por mi gente, por Albaida, por el mundo. La veía, sin verla, y ella me hablaba con su boquita cerrada y esa media sonrisa gótica que lleva cuando sale de gloria, triunfante por las calles de su reino terrenal. Esa boquita cerrada que nos habla de humildad, de paciencia, de respeto, de tolerancia.



Su boca permanece cerrada, pero con sus ojos nos habla. ¡Y como habla! Esos dos luceros negros que tienes por ojos, mi vida, que me miras y me pierdes, me embelesas, me atraes y me enamoras otra vez y más y más...

Ojos que bien reflejan la hermosura
del tibio sol brillando a mediodía,
que me miran tan radiantes de alegría,
que transmiten de tu alma su ternura.
Ojos negros que se llenan de dulzura,
proverbiales, como la uva malvasía,
que me ofrecen el sabor de la ambrosia
que el más fino paladar siempre procura.
¿Cómo no voy a rendirme ante esos ojos
mensajeros de tu amor y tu poesía
que me muestran tu belleza sin sonrojos
Y de amor invade el alma mía?
Ojos de mirada pura, oscuros pero brillantes,
Que me impregnan de hermosura,
El corazón anhelante.

He llegado a comprender, Madre, que el mejor rezo que te puedo ofrecer es mirarte a los ojos, inundarme de ellos, porque para mí son fuente de vida y de esperanza en un mundo mejor, más bello, más fraterno, en un continuo y filial deseo, sincero y sin contención, de seguir a tu Hijo.

¡Benditos sean tus ojos, Madre!, porque como dijo el poeta, "*Alguien miró a los ojos de la Virgen buscando las orillas de su infancia*". Esa infancia corporal que ya pasó y pertenece a la nebulosa de los tiempos que se fueron, pero que renuevo espiritualmente cada vez que te veo, entre plegarias de amor reverdecido y remembranzas revividas, en un sincero compromiso enaltecido, ferviente y emocionado, que lucha por



salir atropelladamente de mi corazón desbordado, de estar siempre a tu lado.

Esa orilla de mi infancia está siempre ahí, mientras Dios, clemente y misericordioso así lo quiera, y se encuentra hoy aquí, como cualquier día del año en que acudo a visitarte, en tu capilla.

Si hermanos. Fui costalero de Piedad durante 19 años. Pertenecí y sigo perteneciendo a su cuadrilla, sigo siendo sus pies. Nunca se deja de ser costalero, sigo perteneciendo al, a veces injustamente denostado, mundo del costal.

Que suerte tuve, Piedad, de ser yo tu costalero,
en la gloria de una marcha, en recogido silencio,
cuando por fin se levantan los cuatro zancos del suelo.

El corazón por costal, enamorado perpetuo,
en las entrañas del palio de lo trivial y lo eterno.

Ser los pies de la señora, nada más y nada menos,
¿habrá en el mundo más arte que ese andar tan pinturero?

Epidermis de las calles, pura magia del trayecto
en el que, ni uno solo para de rezar ni un momento.
Y se piensa en el Cantillo, la virgen sobre mis sueños,
dando a cada paso el alma para que se pare el tiempo,
que son las entrañas del palio, tibio regazo materno.
Late mi corazón rendido, no siento el dolor, ni el peso.

Amores de Plazoleta, ¿quién quiere distinto cielo?

Las cicatrices son rosas, que morir es lo de menos
cuando se lleva a una madre, sentimiento a sentimiento.

La felicidad está, detrás del respiradero,
que no se quiere más gloria que ese trabajo bien hecho,
que cuando más caen los kilos ninguno quiere relevo.
Letra del andar pausado, copla de los hombres buenos,
que por amor son tus héroes anónimos y en silencio.

Y no olvides nunca, mi hermano, ni tan siquiera un momento,
que la virgen decidió en algún lugar del tiempo
que fueras tu quien naciera para ser su costalero.



¡Cuánto se disfruta debajo de un paso! ¡Qué inmensa alegría se experimenta cuando nos vemos todos juntos, una vez más, un año más, sudando al unísono por Ellos! Todos juntos y a una, como solamente pueden conseguirse las grandes hazañas. Todos juntos y a una. El “tos por igual” del capataz, es la regla suprema ¿Discrepancias? ¡Claro que sí! ¡Es normal! Aunque hermanos, todos tenemos una forma distinta de ver las cosas y estoy convencido que todos buscamos lo mejor para nuestra hermandad. Somos muchos, todos pensamos distinto, tiene qué y debe de haberlas. El pensamiento único, el todo está bien, solo lleva a la autocomplacencia, a no reconocer los fallos propios y engrandecer los del prójimo, a la imposibilidad de mejorar. La tolerancia, el respeto a las ideas de los demás y la sana convivencia deben ser nuestra regla de oro. Ella lo hacía, respetaba, convivía. *“Sólo cuando estés en paz con tu prójimo, estarás en paz conmigo y podrás seguirme”* Nos dejó dicho ese Cristo al que veneramos

Vámonos todos a una en busca del Dios eterno,
sigamos como hermandad a ese Cristo que no ha muerto,
que nos espera la vida, que nos dio su sufrimiento.
Que por su cruz redentora,
la humanidad pecadora que en Pilatos tuvo ejemplo,
quede olvidada, Señora,
que por ser tú mediadora, nunca vuelvan esos tiempos.
Que sea, madre, tu firmeza, tu fe, piedad y fortaleza,
luz y guía del mundo entero,
que seas tú, fiel princesa, tu esperanza y tu pureza,
lo que distinga al crucero.



Han sido muchos los malos momentos por los que he pasado y siempre, siempre, ha estado ella, consoladora y mediadora universal, para hacer más llevadero el camino. Mi virgen guapa siempre me escucha. Momentos de sufrimiento, de dolor en los que, nuestra madre ha sido, bien protagonista, bien consoladora. Especialmente duro para mí, fue, todos recordareis, aquella tarde aciaga de festividad del año 2018 en la que, como este pasado septiembre, la tarde no prometía nada bueno. La diferencia es que aquel día si llovió y mucho. ¿Os acordáis? Para colmo, aquel año yo entraba bajo el paso en la segunda mitad del recorrido, con “la cuadrilla grande”, y no tuvimos la oportunidad. Me dolió aún más porque iba a ser el último año de mi carrera con el costal, mi despedida.

Aquella noche, en casa, dolido, consumido por la tristeza de no haber podido pasearla, de no poder despedirme de ella como tantas veces lo había soñado, pensando en todo aquello, acudí a su consuelo y auxilio, como tantas veces hago. Me sinceré de nuevo con ella y ante el dolor por lo sucedido, la virgen puso ante mí un escudo de esperanza, esa que siempre me proporciona. Fue la forma que tuvo de consolarme. Ella, como siempre, pendiente de mí, me hizo verlo de otra forma. Cambió mi dolor por confianza y mi enfado por alegría, por esperanza. Aquel día, el corazón me dictó estas palabras que comparto con vosotros.

No pudo ser, niña guapa.

No quisiste que te llevara en mis hombros para sentirte cercana.

Era un año especial para mí, y tú lo sabias.

Mis ganas, mi ilusión, mi ropa vieja de costalero, que conserva aún el agujero del tornillo de tu candelabro.

Todo se quedó en nada porque tú no quisiste.

Preferiste, como mujer coqueta que eres, tenernos a todos a tus plantas, a tu alrededor.

Nos pusiste a todos una prueba dura, muy dura, durísima.



Querías saber cuánto te queremos.

¿Habrás visto, niña guapa, lo auténtico de nuestro amor por ti, verdad? ¿Habrás visto a tanta y tanta gente tuya llorar, ampararte, sentirte, protegerte?

¿Te dabas cuenta, madre bendita?

¿Notaste nuestros corazones acelerados y nuestros ojos fijos en ti, sin dejar de mirarte?

¿Te sentiste sola en algún momento?

¿Sentiste la fuerza tremenda de tus hijos costaleros? ¡Bendita sangre crucera que te lleva por bandera!

¿Viste cómo florecieron brazos de amor en las zambranas de tu paso para ayudar a tus ángeles de abajo?

¿Notaste desde ahí arriba, mi vida, el deseo enorme de todos de protegerte, de abrigarte, de acurrucarte, de poner nuestras almas entre tú y la lluvia para que no la sintieras?

Si hubiese sido posible, reina mía, te aseguro, tú lo sabes, te hubiéramos hecho una cubierta de amor, un paraguas de corazones, una cúpula de sentimientos de los de verdad, de pellizco gordo en el pecho de los que hemos “mamao” este quererte que nos hipnotiza, de los que te sentimos nuestra porque tenemos la inmensa fortuna de tenerte y ser tuyos.

Yo creo, niña guapa, que aquello no era lluvia. Pienso que caían del cielo lágrimas de amor, porque no podemos quererte más.

Nos pusiste a prueba y allí estuvimos. Ahora tú y solo tú, mi reina, nos pondrás las notas, sabrás el resultado.

El año que viene, si tú quieres, volverás a pasear triunfal por tu reino y desde ya te digo, madre y señora de mi casa, que allí estaremos de nuevo, como siempre desde tiempo inmemorial, con tu beneplácito celestial, para disfrutar contigo y por ti, porque eres, preciosa niña guapa de Albaida, lo más grande que tenemos y presumimos de que seas nuestra y nosotros tuyos, y eso no nos lo quita nadie.

Para entonces, volverá Albaida a llenarse de ti, a aspirar tu aroma, a brillar con tu luz.



Volverá el cielo a empequeñecer ante tu presencia, a ocultarse el sol ante tu belleza.

Volverán los nardos a anunciarnos tu cercanía, los cohetes a decirnos que estas en la calle.

Volverán las familias a reunirse y los amigos a reencontrarse.

Tornará el costalero a sentirte, liviano y bendito peso el que nos das.

El capataz, nervioso, volverá a dirigir tu paseo triunfal.

Volveremos a disfrutarte, a no dirigir nuestra mirada hacia otro lugar que no seas tú, a acompañarte para que no te sientas sola, a presumir de ti. ¡Que orgullo el tenerte, madre bendita!

Volverás un año más, niña guapa, para recordarnos lo afortunados que somos, la inmensa riqueza de la que disfrutamos y el orgullo infinito que nos embarga por saberte nuestra.

Volverás, fiel a tu cita ancestral, a repartir tu simiente de amor, piedad y belleza en el fértil huerto de tu reino terrenal.

Albaida te espera niña, mi niña guapa, y yo... yo solo puedo decirte que te quiero mi reina, mi alegría y mi esperanza, mi dolor y mi consuelo, mi sol, mi luna y mi cielo, mi amor, mi vida y mi anhelo, mi novia eterna, mi estrella y mi lucero.

No tardes, Piedad bendita, que aquí te espera tu pueblo.

Mis queridos hermanos, nuestra Virgen de la Piedad es Reina.

Es reina en cuanto participa de la realeza del pueblo de Dios. Es reina en sentido evangélico y es reina como madre del rey en el reino mesiánico de Cristo y es reina de nuestros corazones.

Por ello, siempre el culto a la Virgen, siempre el amor a la virgen, siempre el abandono en sus brazos, desde este pueblo nuestro, que en sus rincones, calles y plazas, se ofrecen, cada día, como una letanía, en su honor, razón por la que a la virgen María le aclamamos como madre de Dios, por serlo de la palabra eterna, que se hizo hombre en



Jesucristo, y es virgen de todas las vírgenes, que ofrecen sus almas y cuerpos a Dios.

La llamamos madre purísima, porque en ella, no existe la menor sombra de pecado y madre castísima, en el esplendor de su virginidad. Es madre inmaculada, porque fue concebida sin mancha alguna; es madre amable, como tesoro y sede del amor hermoso y admirable, para todos aquellos que intentamos alcanzar el camino de la santidad.

Es señora del buen consejo para todo fiel cristiano y para todo hombre que quiere pasar por este mundo haciendo el bien.

Es madre del creador, al serlo del verbo del padre eterno, y madre del salvador al estar unida al redentor del mundo, en absoluta intimidad.

Es virgen prudentísima, en su perfecto discernimiento y buen juicio y virgen poderosa por ser la omnipotencia suplicante.

Como virgen acogedora le imploramos, porque su inmaculado corazón está abierto de par en par y como virgen fiel la aclamamos por ser el modelo más perfecto de fidelidad a Dios.

Es ideal de santidad, como faro y guía de cuantos la buscamos peregrinando por la vida y causa de nuestra alegría, porque, al disfrutar de ella con propiedad absoluta, por su estado de correspondencia a la gracia, puede comunicarla, a cuantos le imploramos.

Hermosa como torre de marfil es María, pues la fuerza de la gracia le rebosa y es tan fuerte como la torre de David, al pisar, para siempre, la cabeza del maligno.

La escogemos como la rosa más hermosa del vergel de las virtudes y es el arca de la nueva alianza, por tener al mismo Dios en sus divinas entrañas.

No existe un mejor espejo de justicia para el que quiera aprender a juzgar justamente.

Le admiramos como vaso espiritual, colmado de gracia y rebosante de mística y como vaso de insigne devoción como camino hacia Jesucristo.

Es estrella de la mañana, luz matutina que alumbra las negruras de las tinieblas del pecado y de la muerte.



Es salud de los enfermos, tanto de cuerpo como de alma.

Es consuelo de los afligidos, de los que atravesamos áridos valles camino del padre.

Es auxiliadora de los cristianos, y también abogada y socorro y mediadora.

Y finalmente, virgen santísima de la Piedad, Tú, eres mi reina.

Aquí en esta bendita tierra de Albaida, tu madre querida, has sido, eres y serás siempre reina. Siempre imperarás.

Eres reina de los ángeles, que juegan en tu corona y en tus ráfagas de luz como lo hacen en los horizontes del campo de tu reino.

Eres reina de los profetas, que a lo largo de los siglos fueron descubriendo el reino de dios en estas benditas tierras.

Eres reina de los apóstoles, que han entregado sus vidas, en donación generosa a la propagación de la buena nueva.

Eres reina de todos los santos, los proclamados por la iglesia y tantos otros anónimos en el mundo.

Eres reina asunta a los cielos, desde donde sigues ejerciendo como madre y eres la única reina capaz de concedernos la paz verdadera y duradera.

Y además de todo eso, eres reina, señora y dueña de nuestros corazones.

Tú eres reina de los cielos y de la tierra señora,
de mi pueblo clara aurora y descanso en sus desvelos.

Eres reina y tus consuelos los derramas con amores
y los fervientes clamores de este pueblo que te adora,
desde que rompe la aurora se llenan con tus loores.

Eres reina de mi anhelo y de mi Albaida señora,
y bendita sea la hora en que bajaste del cielo.

Alza madre nuestros velos con tu maternal ternura,
cólmanos con tu esperanza, con tu alegría y dulzura,



se tu puerto de bonanza, amparo, paz y ventura.
Reina y señora María por los ángeles coronada
y por hombres exaltada con ternura y con poesía,
Inúndanos de alegría con tu proverbial constancia
y vénganos la abundancia que nos distes con maestría,
Jesús en la Eucaristía, culmen y fénix de gracia.

Y llegará el día soñado. ¿Cómo no va a llegar? Llegará el 4 de Mayo. Llegará el día que los ángeles te coronen, mi reina, y les habremos de guardar un sitio de privilegio, y será, exactamente como hubieran querido ellos, los que están arriba contigo y nos legaron esta bendita locura de ser hijos tuyos, una coronación celestial. Albaida, será ese día, como una sucursal del cielo.

Por eso tu corona debe llevar flores, tomillo, aceitunas y romero, el verde de la vid y de los olivos, la pureza del blanco, de la flor del nardo, plata, como el reflejo de la luna en el agua, como la luz en primavera, No olvidemos que estamos en Albaida, que será en ese día, ¡bendita sea la hora! como una sucursal del cielo.

Sal mi reina a decirle a tu pueblo que su alma es la tuya, que su luz le da el blanco a tu saya y el eterno mediodía, el brillo a tu corona. Que del oro fino del trigo se tejen los bordados de tu manto, que tu cingulo es como Velarde, calle mínima que te ciñe la cintura. Y que en tu cabeza y la de tu hijo, las estrellas se elegirán una a una en una noche de Mayo en la que hará magia la luna. Mayo, el mes añorado, el mes de las flores, el mes de María.



Mes de mayo, mes de flores
y entre todas la más bella,
eres tú, divina Estrella
de rayos arrobadores,
que llegan sembrando amores
y nos llenan de alegría,
por ser tú, Virgen María,
la madre del salvador,
aquél que por dar amor
en vera cruz fenecía.

La coronación de amor de Albaida a nuestra virgen, o mejor, el compromiso de amor hacia Nuestra Madre y Señora de la Piedad y su divino hijo, nos debe hacer pensar.

Yo os propongo hoy una corona distinta, íntima, personal. Una corona que consta de tres materiales muy nobles y que sumados al oro del orfebre, dará como resultado la corona más hermosa que podría coronar nunca, a nuestra virgen de la Piedad.

El primero es la fe, pero la Fe como María la vivió. Que mejor ejemplo a seguir. Cuando llega el momento de la Anunciación, el ángel la llama "*llena de gracia*" y le revela los planes de Dios para con ella. María responde "*sí*" y, desde este momento, la fe de María recibe una luz nueva, una luz que se concentra en el hijo de Dios y que de ella ha tomado la carne y en la que se cumplen las promesas de toda la historia de la salvación.

La fe de María es el modelo de la fe de la iglesia, que tiene como único centro a Cristo, encarnación del amor infinito de Dios.

Desde ese instante es ella la mediadora que nos guía hacia su hijo. Por eso nuestra virgen de la Piedad debe estar más presente que nunca en



nuestras vidas. Teniendo piedad de los necesitados, piedad de los que no tienen nada que llevarse a la boca, piedad de los desahuciados que no tienen techo donde cobijarse, piedad de los que sufren el maltrato en sus casas, en sus trabajos, en las calles, piedad de los que sufren hasta el lecho de muerte por las religiones, por el color de su piel. Así podríamos estar todo el día, pero la fe es la que nos da la fuerza para seguir.

El segundo es la caridad.

La caridad no es solo dar una limosna, sacando del bolsillo aquello que me sobra. La caridad es la mayor prueba de amor que podemos hacer. ¿Dónde podemos encontrar un ejemplo de Amor para que nos ayude a imitarlo?

En María. Porque Ella es modelo de caridad, María es el ejemplo viviente del amor. Recordemos como se pone a disposición de su prima Isabel. Cuando va a visitarla, María no le lleva ninguna ayuda material, pero le ha llevado a Jesús, que ya vivía en su seno. Llevar a Jesús a esa casa quería decir llevar la alegría, llevar la felicidad plena.

La virgen quiere traernos a nosotros, a todos, el gran regalo que es Jesús y con él nos trae su amor, su paz, y su alegría.

El tercero es la fraternidad.

María, modelo de unión con Cristo, nos muestra también la parte ejemplar y la más hermosa, la de la convivencia, la de vida de hermandad. Cristo es el nexo de unión y es el mismo nexo que debe servirnos a nosotros, Saber ser hermanos. Es cierto que es difícil, a veces es un ejercicio complicado, pero debemos de anteponer a Dios antes de que nuestra voluntad y orgullo prevalezca.

¿Tenemos todos los materiales para construir nuestra corona de amor? Si los tenemos todos, la corona de la virgen será única, maravillosa.

Pero antes de hacer esta corona, tendríamos que prepararnos para ser unos buenos orfebres, ya que para trabajar estos tres materiales nuestras manos deben estar limpias. Limpias de todo egoísmo, desprovistas de todo aquello que nos haga estar ensimismados en nosotros mismos y muy bien hidratadas con el bálsamo de la humildad.



¿Dónde podemos buscar esa humildad? Evidentemente en nuestros corazones, pero si queréis un ejemplo de humildad, mirad aquí. Lo tenemos justo aquí, en nuestro Cristo de la Veracruz ¿Se puede ser más humilde? ¿Existe mayor prueba de amor y humildad que morir en cruz por los demás siendo rey del cielo y de la tierra, hijo de Dios? En su infinita humildad, asiste desde su trono de madera a todas las manifestaciones de amor que dedicamos a su madre. Pero al venerar a su madre lo honramos también a él, porque ¿hay una alegría mayor para un hijo que el saber cómo se quiere a su madre? Y no podemos honrar a la madre sin venerar a su hijo, por eso, ese anhelado día ira con ella, en sus brazos.

Él siempre está ahí, con los brazos abiertos a todo el que se le arrime, esperando los pecados de la humanidad que se hundan como ascuas ardientes en sus cinco llagas, encadenado a esa cruz que es a la vez su muerte y su victoria. Y ahí mi Cristo de la Veracruz, el señor del abrazo infinito, acoge a todo el que lo contempla y no puede soportarle la mirada, pero a la vez no puede parar de mirarle.

Por eso y porque su madre nos lo enseñó, él debe ser lo primero.

Padre Nuestro de mi vida, tú lo primero has de ser
que hasta la tierra bajaste para hacernos comprender
que en la vida tu primero y mi yo siempre después.

Al santificar tu nombre, aceptamos comprender
por qué tu eres primero y por qué yo voy después.

Más cuando tu reino venga porque espero y creo en él,
tu voluntad será antes y mi yo será después.

Y el pan que te pido hoy, para mí no me lo des
que sea para mi hermano, porque a ti, te veo en él,
y así tu estarás primero y mi yo estará después.

Perdona Señor mis faltas y las que no perdoné,
y no me dejes que caiga otra vez al no entender,
que mi vida de cristiano no tiene razón de ser,
si mi Dios no es lo primero y mi yo siempre después.



El señor de la Veracruz y la virgen de la Piedad. Siempre juntos. Indivisible alianza que, desde tiempo inmemorial, tenemos la inmensa suerte de disfrutar. Me tengo que acordar otra vez de mi tía Socorro...
“¡*Que collera tenemos los cruceros!*”

Proclamamos hoy alabanzas a la virgen por su festividad el próximo 21 de noviembre, pero en la mente de todos, esta esa fecha marcada, no en rojo, sino en verde capilla, en el calendario. Ese cuatro de Mayo del año próximo que nos produce chiribitas en los ojos y chispazos de alegría en el corazón cada vez que lo recordamos. Faltan hoy 169 días. Para esa fecha histórica, nuestros hermanos Encarna y Pascual se encargaran de pregonar a los cuatro vientos lo que todos pensamos, lo que ya sabemos, que la queremos con locura, que es la reina de nuestras vidas y que es el mayor tesoro que tenemos. Para ellos, hoy, mi abrazo, mi afecto y mi deseo de que la virgen sea el faro que los ilumine para llevar a buen puerto la nave de sus palabras. Convencido estoy que será así.

Pero para mí, enamorado de la virgen, no puede ser de otra forma, el 4 de mayo también está marcado, y bien marcado, en el calendario. ¡Qué alegría poderte llamar Piedad coronada! Alegría para nosotros, para Dios, para la iglesia, para nuestra querida Albaida.

Y te pusimos Piedad,
no encontramos mejor nombre
para que pudiera el hombre
enfrentarse a la verdad.
Define lo que es bondad
y también lo que es amor,
medicina del dolor que le da a Albaida la fe.
¡Esta ciego el que no ve,
la luz de tu resplandor!
Piedad. Tan solo así,
sin faltarle un adjetivo,
su grado superlativo,



es lo más alto que vi.
Porque al quererla sentí,
que no hay otra como ella,
y que no se encuentra estrella
que brille más que su cara,
cuando su amor deja huella
toda la verdad se aclara.
Porque son muchas las veces
que he creído estar perdido,
y en sueños me has sonreído,
y en mis sueños permaneces.
La gloria es tuya entera
porque no hay reina más grande,
hágase lo que ella mande,
fuente y verdad verdadera,
Piedad, tu eres primavera,
pretil del gozo encarnado,
estrella en cielo exaltado,
que alumbra torre y campana,
reina y madre soberana,
que el pueblo habrá coronado.

Y para nosotros tus guardianes cruceros, será como el respaldo de nuestro amor y nuestro trabajo ilusionado. Nuestra querida capilla, nuestra casa, porque aquí repostamos esfuerzos y curamos sinsabores, resplandecerá de un modo nuevo, como sagrario y relicario de la dueña coronada de nuestras vidas y de su divino hijo.

Así que quiero rematar mi modesto ramo de flores hecho palabras que, como antaño cuando nos mandaba el abuelo, he querido traerle hoy a la virgen para ponerlo a sus pies, con una rosa, la más hermosa, leal y verdadera que he encontrado, la de mi propio corazón, que le pertenece y que late por ella.



Hay en Albaida un tesoro,
hay en Albaida poesía,
en Albaida mi oración,
para rezarte, María.
En Albaida va sonando
el eco de tu sonrisa,
morenos tirabuzones
que tu semblante acarician.
En Albaida tu perfil,
el de doncella escogida
por Dios padre para ser
flor de pureza infinita.
En Albaida vive el sueño
de la promesa cumplida,
en Albaida hay un espejo
donde la gracia se mira
en el negro de tus ojos
y el candor de tus mejillas
que doradas por el sol
anuncian la gloria misma.
En Albaida con tu nombre
mi pensamiento termina,
porque vive aquí en Albaida
la azucena sin mancilla
que es mi virgen de Piedad,
que es mi luz, mi esperanza y vida.
Eres trazo de pincel,
eres sueño de cristal,
eres la luz del fanal,
y eres vuelo de cairel.
Eres del aire escabel,
eres de la luz puntal,
el tintineo celestial



de un divino cascabel.
Eres portal y dintel
del Cristo de Veracruz,
¿Y envuelta en cristal y luz
preguntas qué es la alegría?
¡Qué cosas tienes, María,
si mi alegría eres tú!
Ave, mujer no tocada,
ángel devuelto a la nube,
primera madre que tuve
en una historia soñada.
Ave, María, buen hada,
humilde como la arcilla,
echadora de semilla
en el pesebre de paja.
Bendito tu vientre caja,
que guardó la maravilla,
virgen inocente y clara,
de la estirpe de David,
como de luna tu cara.
el cuerpo como de vid,
El rayo que te tocara,
ya no fue rayo otra vez,
María, dulce mujer,
hija de Joaquín y Ana,
para borrar la manzana
te hizo Dios de blanca tez.
Tú, bondadosa y pía,
consuelas el trance fiero
de este corazón crucero
que en ti con fervor confía.
Tú, cuyo nombre me guía
al puerto de salvación,



no niegues a tus cofrades
tu sublime protección.
¿Qué te digo más señora,
si por mucho que te diga
me quedare siempre corto
por más cosas que describa?
¿Te digo que eres la reina
que por Albaida paseas?
¿qué enamoras madrugadas,
que con la luz coqueteas?
¿Te digo eso señora,
o prefieres, madre mía
que te diga que eres sueño
y a veces melancolía?
Ráfaga de plata y vida,
madre de Dios soberana,
brazos para la acogida,
lucero de la mañana,
tu verde manto es la gloria,
tu bello rostro el sendero,
tus ojos son la victoria
y tu mirada es el cielo.
Enfermera y mediadora,
reina de amor elegida,
consuelo de los enfermos,
bálsamo de las heridas,
encomienda de los males,
amor de los impedidos,
calmante para las penas
de los que te han elegido,
átame a tu cetro eterno
en el ancla de tus manos,
que se apiade de mi alma



tu consuelo soberano.
Albaida honra tu gloria
y contempla tu mirada,
eres la cura y consuelo
de sus almas desgarradas.
Hoy suspiro por cantarte,
mi voz arranca su vuelo
y traspasa el horizonte
y acaricia inmenso sueño,
porque el negro de tus ojos
acune tantos desvelos.
Hoy suspiro por cantarte
y mi voz arranca el vuelo,
y se marcha entre los campos
salpicadita de miedos,
por no decir con palabras
todo el amor que yo siento,
y no labrar con romances
la plata de tus luceros.
Sean para ti las luces
de mi amor ya tan sereno,
para ti todas las gracias,
toda la luz de los cielos,
toda la gloria rendida,
toda la sal de este suelo,
todo el llanto de la vida,
todo el oro reluciendo,
toda la luz del ocaso,
todo el clamor y consuelo.
y suspiran las promesas,
y las palomas en vuelo,
y nuestras voces se rompen
de tanto gritar te quiero.



Y por ti todo se hace
cadencia de romancero.
Y todo grita tu nombre,
y hasta el sol amaneciendo,
y hasta la luna que reza
entre rayitos muriendo,
y el solano cuando pasa,
y los ángeles del cielo.
Sabemos que no hay que darte
corona para ser reina,
ni poner cetro en tu mano,
ni darte luces de estrellas,
ni poner bajo tus pies
un pedestal de azucenas.
Sabemos que no hay que darte
un manto de noche eterna
para que luzcas tu gracia
por las calles de esta tierra.
Lo sabemos, y te damos
una corona de reina,
porque así lo quiso Dios,
y te puso la diadema
perlada de eternidades
alabando tu realeza.
Lo sabemos, y te damos
un cetro porque eres reina.
Y te bordamos un manto
con brillo de mil estrellas.
Y ponemos a tus pies
pedestal de transparencias.
Para ti esta exaltación,
para ti, que eres mi Reina.
Y cuando vuelvas a casa



como reina proclamada,
y te poses en el suelo
de tu capilla adorada,
descansa niña bonita,
ya llegaste a tu morada.

Te llamamos nuestra madre,
nuestra reina, nuestra amada.

Eres tú nuestro tesoro,
nuestra verdad descarnada.

Eres dueña de los cielos,
la que dio la pincelada
que dio vida a nuestro sueño
de vivir tu madrugada
para poder gritar siempre
con el alma descarnada...

¡Viva la madre de dios,
mi virgen tan venerada!

¡Viva la reina del mundo,
de mi gente y de mi Albaida!

¡Emperatriz de los cielos,
niña guapa enamorada!

¡Viva el bendito lucero que es mi Piedad coronada!

He dicho.

Albaida del Aljarafe, a 18 de noviembre de 2023